



PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Primer curso
Lengua y Literatura

PLAN NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA
José de la Cuadra



¡LEER ENCIENDE
TU IMAGINACIÓN!

Bachillerato General Unificado
Primer curso
Lengua y Literatura

Islas afortunadas

Fernando Pessoa

¿Qué voz viene sobre el sonido de las olas
que no es la voz del mar?

¿Será la voz de alguien que nos habla,
pero que, si escuchamos, calla,
precisamente por habernos puesto a escuchar?

Y solo si, medio adormecidos,
oímos sin saber que oímos,
ella nos habla de la esperanza
hacia la que, como un niño
que duerme, durmiendo sonreímos.

Son islas afortunadas,
son tierras que no tienen lugar,
donde el Rey vive esperando.
Pero si andamos despertando,
calla la voz, y solo es el mar.

Tomado de <https://bit.ly/2OcI43l> (12/02/2018)

Fernando Pessoa (1888-1935). Poeta y escritor portugués, considerado uno de los más brillantes e importantes de la literatura mundial. Introdujo en su obra ciertos aspectos que poseían los movimientos vanguardistas de otras regiones.

Dos palabras

Alfonsina Storni

Esta noche al oído me has dicho dos palabras
comunes. Dos palabras cansadas
de ser dichas. Palabras
que de viejas son nuevas.

Dos palabras tan dulces que la luna que andaba
filtrando entre las ramas
se detuvo en mi boca. Tan dulces dos palabras
que una hormiga pasea por mi cuello y no intento
moverme para echarla.

Tan dulces dos palabras
que digo sin quererlo ¡oh, qué bella, la vida!
Tan dulces y tan mansas
que aceites olorosos sobre el cuerpo derraman.

Tan dulces y tan bellas
que nerviosos, mis dedos,
se mueven hacia el cielo imitando tijeras.
Oh, mis dedos quisieran
cortar estrellas.

Tomado de <https://bit.ly/2uJgbb1> (09/07/2018)

Alfonsina Storni (1892-1938). Poetisa argentina. Su obra aborda el tema amoroso y la reivindicación feminista. Entre sus poemas están: *¡Adiós!*, *Alma desnuda*, *La caricia perdida*, *Razones y paisajes de amor*, *Queja*.

Débora (fragmento)

Pablo Palacio

Aquí el recuerdo de que hacía algunos meses, cuando tomó su pieza de arriendo, el que le acompañaba le dijo que tenía unos hermosos ojos y ella se encendió. Solo faltaba el día de la visita, retardado por pereza, porque hay que salir a la calle, porque hay que ir al cinema, porque estaban sucios los zapatos, porque no había para rasurarse la barba.

Hasta que se realizó la idea, con buen ánimo; limpiándose muy bien las uñas y perfumándose la boca con chiclets. No recuerdo si se le había pedido la visita; pero, valiente, llamaba por allí, bien atrás, después de haber atravesado muchos corredores, todas las casas son viejas.

Se le hizo entrar y tomar asiento. Fotografías en los chineros, fotografías en las paredes, fotografías en las mesas: la madre, la abuela, la tía; el padre, el abuelo, el tío, colorados y mostachudos. Bueno, la sobrina de esta tía soltera, ¿es sobrina?

Entró la muchacha. Un poco chola y con los pelos gruesos. La carrera de los piojos en la mitad, y con trenzas. Solo que era exuberante y de boca jugosa. ¡Ah, ese sombrero con que la había visto por la calle! Pero, con todo, se charló y se charló.

—Y ¿cómo se llama su mamita?

Le salían gangosas —a ella— y campanudas las palabras, como al que no se ha sonado las narices. Claro que la historia era triste y propicia. Contar que no se la tiene, que también murió el padre. Merecerse un silencio lánguido y, como la tarde estaba entrada, un suspiro como de té.

—Déjeme que le bese la mano. Inocencia. Estas cosas no se deben pedir.

Es gracioso ese beso de reverencia, fugaz porque él también se había emocionado. Sobre el dorso, un poquito más arriba que en los tiempos antiguos; pero con la misma inclinación de los tiempos antiguos. Volteando los ojos, hasta el extremo de ver la cara que ponía: colorada, ardiendo de que le besen la mano. Debe ser, con todo, una alegría. Salió, sonando las espuelas. Mi Teniente, aunque esté de amor, siempre lleva espuelas.

Deficiencias y características de la primera sesión: La distancia. La primera sesión adopta una distancia; por falta de intimidad o por miedo de que nos vean la verdad. No se alcanza a creerlas tan sencillas que no puedan sorprender lo que parece que se lleva escrito. Y cuando se les examina los ojos se tiene la imperiosa necesidad de ponerles un biombo a los nuestros, hasta poderlos cubrir decentemente. El de la soledad es magnífico: en todas partes he leído que se lo confiesa: “Yo estoy solo”, “tú estás sola”. Es una conjugación artera y socarrona. Atrincherados, en espera del blanco para el ataque. La distancia como es fría es inconveniente; pero no puede suprimírsela en los prolegómenos.

Aunque tiene la ventaja de facilitar la tristeza. La voz campanuda afloja las fuerzas; pero, después de todo, poco importa. Si ante esa puerta abierta no pasara continuamente la mujer hoyosa de viruelas. Es el cancerbero molesto, con cara celosa como de perro. Hubo grandes silencios, predisponentes o embarazosos. Bueno es el silencio en una visita de amor...

Tomado de Palacio, P. (2007). *Obras completas*. Quito: Libresa.

Pablo Palacio (1906-1947). Escritor y abogado ecuatoriano. Fue uno de los fundadores de la vanguardia en el Ecuador e Hispanoamérica. Entre sus obras destacan *Un hombre muerto a puntapiés*, *Débora*, *Vida del ahorcado*.

Crónica de la ciudad de Quito

Eduardo Galeano

En las manifestaciones de izquierda, desfila a la cabeza. Suele asistir a los actos culturales, aunque lo aburren, porque sabe que después hay farra. Le gusta el ron, sin hielo ni agua, pero que sea cubano. Respeta los semáforos. Camina Quito de punta a punta, al derecho y al revés, recorriendo amigos y enemigos. En las subidas, prefiere el ómnibus, y se cuela sin pagar boleto. Algunos choferes le tiran la bronca: cuando se baja, le gritan tuerto de mierda.

Se llama Choco y es buscabronca y enamorado. Pelea hasta con cuatro a la vez, y en las noches de luna llena se escapa a buscar novias. Después cuenta, alborotado, las locas aventuras que viene de vivir. Mishy no le entiende los detalles, aunque le capta el sentido general.

Una vez, hace años, se lo llevaron muy fuera de Quito. La comida no alcanzaba, y resolvieron dejarlo en el lejano pueblo donde había nacido. Pero volvió. Al mes, volvió. Llegó a la puerta de su casa y se quedó ahí tirado, sin fuerza para celebrarlo moviendo el rabo, ni para anunciarlo ladrando. Había andado por muchas montañas y avenidas y llegó en las últimas, hecho una piltrafa, los huesos a la vista, el pellejo sucio de sangre seca. Desde entonces odia los sombreros, los uniformes y las motocicletas...

Tomado de Galeano, E. (1993). *El libro de los abrazos*. Buenos Aires: Editorial Catálogos.

Eduardo Galeano (1940-2015). Periodista y escritor uruguayo de gran relevancia en el panorama latinoamericano. Entre sus obras más representativas se encuentran *Las venas abiertas de América Latina* y *Memoria del fuego*.

Una víctima de la publicidad

Émile Zola

Conocí a un chico, fallecido el año pasado, cuya vida fue un prolongado martirio. Desde que tuvo uso de razón, Claude se había hecho este razonamiento: “El plan de mi existencia está trazado. No tengo más que aceptar las ventajas de mi tiempo. Para marchar con el progreso y vivir totalmente feliz, me bastará con leer los periódicos y los carteles publicitarios, mañana y tarde, y hacer exactamente lo que esos soberanos guías me aconsejen. En ello radica la verdadera sabiduría, la única felicidad posible”. A partir

de aquel día, Claude adoptó los anuncios de los periódicos y de los carteles como código de vida. Estos se convirtieron en el guía infalible que le ayudaba a decidirlo todo; no compró nada, no emprendió nada que no le hubiera sido recomendado por la voz de la publicidad. Así fue como el desventurado vivió en un auténtico infierno.

Claude adquirió un terreno formado por tierras de aluvión donde solo pudo construir sobre pilotes. La casa, construida según un sistema novedoso, temblaba cuando hacía viento y se desmoronaba con las lluvias tormentosas. En su interior, las chimeneas, provistas de ingeniosos sistemas fumívoros, humeaban hasta asfixiar a la gente; los timbres eléctricos se obstinaban en guardar silencio; los retretes, instalados según un modelo excelente, se habían convertido en horribles cloacas; los muebles, que debían obedecer a mecanismos particulares, se negaban a abrirse y cerrarse. Tenía sobre todo un piano que no era sino un mal organillo, y una caja fuerte inviolable e incombustible que los ladrones se llevaron tranquilamente a la espalda una hermosa noche invernal.

El infortunado Claude no sufría solo en sus propiedades, sino también en su persona: la ropa se le rompía en plena calle. La compraba en esos establecimientos que anuncian una rebaja considerable por liquidación total. Un día me lo encontré completamente calvo. Siempre guiado por su amor al progreso, se le había ocurrido cambiar su cabello rubio por otro moreno. El agua que acababa de usar había hecho que se le cayera todo el pelo rubio, y él estaba encantado porque, según decía, ahora podría usar cierta pomada que, con toda seguridad, le proporcionaría un cabello negro dos veces más espeso que su antiguo pelo rubio. No hablaré de todos los potingues que se tomó. Era robusto pero se quedó escuálido y sin aliento. Fue entonces cuando la publicidad

empezó a asesinarlo. Se creyó enfermo y se automedicó según las excelentes recetas de los anuncios y, para que la medicación fuera más efectiva, siguió todos los tratamientos a la vez, hallándose confuso ante la idéntica cantidad de elogios que cada producto recibía.

La publicidad tampoco respetó su inteligencia. Llenó su biblioteca con libros que los periódicos le recomendaron. La clasificación que adoptó fue de lo más ingeniosa: ordenó los volúmenes por orden de mérito, quiero decir, según el mayor o menor lirismo de los artículos pagados por los editores. Allí se amontonaron todas las bobadas y todas las infamias contemporáneas. Jamás se vio un montón de ignominias semejante. Y además, Claude había tenido el detalle de pegar en el lomo de cada volumen el anuncio que se lo había hecho comprar. Así, cuando abría un libro, sabía por adelantado el entusiasmo que debía manifestar; reía o lloraba según la fórmula. Con ese régimen, llegó a ser completamente idiota.

El último acto de este drama fue lastimoso. Tras haber leído que había una sonámbula que curaba todos los males, Claude se apresuró a ir a consultarla acerca de las enfermedades que no tenía. La sonámbula le propuso obsequiosamente la posibilidad de rejuvenecerlo indicándole la forma para no tener más de dieciséis años. Se trataba simplemente de darse un baño y de beber determinada agua. Se tragó el agua, se metió en el baño y se rejuveneció en él de tal manera que, al cabo de media hora, lo encontraron asfixiado.

Claude fue víctima de la publicidad hasta después de muerto. Según su testamento, había querido ser enterrado en un ataúd de embalsamamiento instantáneo cuya patente acababa de obtener un droguero. En el cementerio, el ataúd se abrió en dos, y

el miserable cadáver cayó al barro donde tuvo que ser enterrado revuelto con las planchas rotas de la caja. Su tumba, hecha de cartón piedra y en imitación de mármol, empapada por las lluvias del primer invierno, no fue pronto nada más que un montón de podredumbre sin nombre.

Tomado de <https://bit.ly/2zZJAmu> (09/07/2018)

Émile Zola (1840-1902). Escritor francés, considerado el mayor representante del naturalismo. Entre sus obras destacan *La taberna* y *Naná*.

Inventario de mis únicos bienes

Jorge Carrera Andrade

La nube donde palpita el vegetal futuro,
los pliegos en blanco que esparce el palomar,
el sol que cubre mi piel con sus hormigas de oro,
la oleografía de una calabaza pintada por los negros,
las fieras de los bosques del viento inexplorados,
las ostras con su lengua pegada al paladar,
el avión que deja caer sus hongos en el cielo,
los insectos como pequeñas guitarras volantes,
la mujer vista de pronto como un paisaje iluminado por un relámpago,
la vida privada de la langosta verde,
la rana, el tambor y el cántaro del estómago,
el pueblecito maniatado con los cordeles flojos de la lluvia,
la patrulla perdida de los pájaros
—esos grumetes blancos que reman en el cielo—,
la polilla costurera que se fabrica un traje,
la ventana —mi propiedad mayor—,
los arbustos que se esponjan como gallinas,

el gozo prismático del aire,
el frío que entra a las habitaciones con su gabán mojado,
la ola de mar que se hincha y enrosca como el capricho de un
vidriero,
y ese maíz innumerable de los astros
que los gallos del alba picotean
hasta el último grano.

Tomado de <https://bit.ly/2LgC0cC> (09/07/2018)

Jorge Carrera Andrade (1903-1978). Escritor y poeta ecuatoriano. Su obra se considera la superación del modernismo y la iniciación de las vanguardias en el Ecuador. Entre sus obras destacan *Amigo de las nubes*, *Estanque inefable*, *La guirnalda del silencio*, *Canto a Rusia*, *Mademoiselle Satán*, *Microgramas*.

Episodio del enemigo

Jorge Luis Borges

Tantos años huyendo y esperando y ahora el enemigo estaba en mi casa. Desde la ventana lo vi subir penosamente por el áspero camino del cerro. Se ayudaba con un bastón, con un torpe bastón que en sus viejas manos no podía ser un arma sino un báculo. Me costó percibir lo que esperaba: el débil golpe contra la puerta. Miré, no sin nostalgia, mis manuscritos, el borrador a medio concluir y el tratado de Artemidoro sobre los sueños, libro un tanto anómalo ahí, ya que no sé griego. Otro día perdido, pensé. Tuve que forcejear con la llave. Temí que el hombre se desplomara, pero dio unos pasos inciertos, soltó el bastón, que no volví a ver, y cayó en mi cama, rendido. Mi ansiedad lo había imaginado muchas veces, pero solo entonces noté que se parecía, de un modo casi fraternal, al último retrato de Lincoln. Serían las cuatro de la tarde. Me incliné sobre él para que me oyera.

—Uno cree que los años pasan para uno —le dije—, pero pasan también para los demás. Aquí nos encontramos al fin y lo que antes ocurrió no tiene sentido.

Mientras yo hablaba, se había desabrochado el sobretodo. La mano derecha estaba en el bolsillo del saco. Algo me señalaba y yo sentí que era un revólver. Me dijo entonces con voz firme:

—Para entrar en su casa, he recurrido a la compasión. Le tengo ahora a mi merced y no soy misericordioso.

Ensayé unas palabras. No soy un hombre fuerte y solo las palabras podían salvarme. Atiné a decir:

—En verdad que hace tiempo maltraté a un niño, pero usted ya no es aquel niño ni yo aquel insensato. Además, la venganza no es menos vanidosa y ridícula que el perdón.

—Precisamente porque ya no soy aquel niño —me replicó— tengo que matarlo. No se trata de una venganza, sino de un acto de justicia. Sus argumentos, Borges, son meras estratagemas de su terror para que no lo mate. Usted ya no puede hacer nada.

—Puedo hacer una cosa —le contesté.

—¿Cuál? —me preguntó.

—Despertarme. Y así lo hice.

Tomado de <https://bit.ly/2GahKGJ> (09/07/2018)

Jorge Luis Borges (1899-1986). Poeta, ensayista y escritor argentino. Entre sus obras destacan *Historia universal de la infamia*, *Antología de la literatura fantástica*, *La moneda de hierro*, *El informe de Brodie*, *El libro de arena*, *La cifra*, *Los conjurados*.

Tengo una sed infinita

Óscar Alfaro

Mocita, cuando me miras,
te juro que yo quisiera
beberme de un solo sorbo
tus ojitos de uva negra.

¡Ay! mi gentil gitanilla,
bella y dulce, blanda y buena;
derrámate al alma mía
como una lluvia de estrellas.

Tengo una sed infinita
de niñas verdes y frescas,
quiero un río de ternuras
para anegar mi tristeza.

Gitanilla, la más linda
de las mozas tarijeñas,
voy a tomarte un trago
en esta tarde morena.

Porque me han dicho que tú eres
aquella copa soberbia,
donde el Señor ha vertido
toda el alma de esta tierra.

Y he de llevarte a mis labios,
vaso azul de mi bohemia
para morir embriagado
por la dulzura suprema.

Tomado de <https://goo.gl/5c6vi8> (06/09/2017)

Óscar Alfaro (1923-1963). Poeta y cuentista boliviano conocido por sus publicaciones para niños. Ha publicado *Cuentos*, *Cien poemas para niños*, entre otras obras.

Patio de tarde

Julio Cortázar

A Toby le gusta ver pasar a la muchacha rubia por el patio. Levanta la cabeza y remueve un poco la cola, pero después se queda muy quieto, siguiendo con los ojos la fina sombra que a su vez va siguiendo a la muchacha rubia por las baldosas del patio. En la habitación hace fresco, y Toby detesta el sol de la siesta; ni siquiera le gusta que la gente ande levantada a esa hora, y la única excepción es la muchacha rubia. Para Toby la muchacha rubia puede hacer lo que se le antoje. Remueve otra vez la cola, satisfecho de haberla visto, y suspira. Es simplemente feliz, la muchacha rubia ha pasado por el patio, él la ha visto un instante, ha seguido con sus grandes ojos avellana la sombra en las baldosas. Tal vez la muchacha rubia vuelva a pasar. Toby suspira de nuevo, sacude un momento la cabeza como para espantar una mosca, mete el pincel en el tarro, y sigue aplicando la cola a la madera terciada.

Tomado de <https://bit.ly/2JLPaZu> (09/07/2018)

Julio Cortázar (1914-1984). Escritor argentino de novelas, cuentos y ensayos. Maestro del relato corto, la prosa poética y la narración breve en general. Autor de *Rayuela*, *Bestiario*, *Historia de cronopios y de famas*, entre otras obras.

Columpio de eternidad

Gonzalo Escudero

Estoy así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para encender la lámpara en la noche,
cuando Tú vuelvas.

Tu estupor será blanco.
Será la noche negra.
El perro de la casa,
desde sus dientes saltimbanquis,
dejará caer su lengua blanda
para lamer tus llagas.
Entonces serás la Misma.
Junco rosado, ola tibia.
Y crecerá el pinar cuando te diga:
Bienvenida seas.

Lloverá miel del cielo,
como en las Escrituras olorosas.
Y para desnudarte,
esperaré que lloren los lobos a la puerta,
como los niños ciegos,
y que el fogón apague sus tizones
y que los tilos cabeceen trémulos.
Y te desnudaré como el fresno romántico,
para luego ataviarte con la garúa de topacio.
Tu cuerpo
—vía láctea entre Dios y el Pecado—
será un breviario inédito
para las manos del silencio.
Creeré en Ti.
Serás una luz clara en el barco
de papel de mi espíritu.
El tiempo será un arco sin fin.
Y tu muerte: una cereza de oro en tus labios.

Estaré así mejor.
Con las dos manos diáfanas
para apagar la lámpara de la noche,
cuando Tú mueras. Estaré así mejor.
Con la burbuja de tu muerte en mis párpados.

Tomado de <https://bit.ly/2NCUosF> (05/07/2018)

Gonzalo Escudero (1903-1971). Poeta, profesor universitario, periodista y diplomático ecuatoriano. Entre sus obras destacan *Altanoche*, *Estatua de aire*, *Materia del ángel*, *Autorretrato*, *Introducción a la muerte*, *Réquiem por la luz*.

El recto

Juan Ramón Jiménez

Tenía la heroica manía bella de lo derecho, lo recto, lo cuadrado. Se pasaba el día poniendo bien, en exacta correspondencia de líneas, cuadros, muebles, alfombras, puertas, biombos. Su vida era un sufrimiento acerbo y una espantosa pérdida. Iba detrás de familiares y criados, ordenando paciente e impacientemente lo desordenado. Comprendía bien el cuento del que se sacó una muela sana de la derecha porque tuvo que sacarse una dañada de la izquierda.

Cuando se estaba muriendo, suplicaba a todos con voz débil que le pusieran exacta la cama en relación con la cómoda, el armario, los cuadros, las cajas de las medicinas. Y cuando murió y lo enterraron, el enterrador le dejó torcida la caja de la tumba para siempre.

Tomado de <https://goo.gl/ibW3up> (05/07/2018)

Juan Ramón Jiménez (1881-1958). Poeta español. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1956. Entre sus obras destacan *Platero y yo* y *Diario de un poeta recién casado*.

A una rosa

Luis de Góngora

Ayer naciste y morirás mañana.
Para tan breve ser, ¿quién te dio vida?
¿Para vivir tan poco estás lucida,
y para no ser nada estás lozana?

Si te engañó su hermosura vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en tu hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.

No salgas, que te aguarda algún tirano,
dilata tu nacer para tu vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.

Tomado de <https://goo.gl/vLR1VV> (30/01/2018)

Luis de Góngora y Argote (1561-1627). Poeta original e influyente del Siglo de Oro español. Su obra escrita en prosa y en verso es una muestra del culteranismo barroco.

Los habitantes del espejo

Johnny Jara Jaramillo

Digan lo que digan, yo pienso que los espejos son fieles: los espejos no narran su pasado, no delatan antiguos moradores. Cuando me miro en uno de ellos, cada mañana, me pregunto qué se hicieron los sucesivos inquilinos que he tenido: el niño rapaz, aprendiz de cazador, montando su caballo de carrizo, peregrino de los bosques; el mozalbete indócil, de vida peligrosa, adherida a la cacha de un revólver, con legiones de amigos bajo tierra.

Y luego aquel amante ardoroso que escribía cartas de amor con la derecha y con la izquierda sostenía el cuerpo ya sin vida de un suicida.

Ya todos se han ido y el espejo no narra su pasado: me he quedado tan solo que a mi cuarto solo sube, peldaño tras peldaño, la vieja escalera que ahora cruje sin motivo.

Johnny Jara Jaramillo (1956). Escritor y docente ecuatoriano, nacido en Cuenca. Ha colaborado con varias revistas literarias. Entre sus obras está *Un día de invierno en Nueva York*.

